

DEL AUTORITARISMO A LA DEMOCRACIA REAL

El término "política" ha venido sufriendo en la sociedad venezolana de fin de siglo una marcada transformación: en lugar de mentar la condición humana por excelencia, aquella según la cual el hombre es un ser-con-otros, cuya acción se enriquece mediante el sentido ofrecido en el diálogo y en la apertura con los otros, indica corrupción. La política es vista por la mayoría de los venezolanos como una "tribuna indecente", como el cultivo de todo género de inmoralidades e ilegalidades, algo de lo cual hay que mantenerse alejado.

La indiferencia y la apatía son los mecanismos defensivos que el venezolano emplea para no verse involucrado en una reflexión sobre lo público y el papel que la política puede ejercer allí. En el mejor de los casos, la acción política es identificada con la expresión del voto, concebido como instrumento para defender intereses privados. La política es sucia, un "pantano" en el cual hay que entrar sólo si uno posee la clase de interés que justifique participar en tal ámbito de deformación. Puesto que la mayoría de los individuos no tiene tal interés, se mantienen al margen como simples espectadores de los acontecimientos políticos: la política, con la complicidad de los medios de comunicación, se convierte en un entretenimiento: es el nuevo circo; el político de turno se convierte en el chivo expiatorio sobre el que se descarga el sentimiento de impotencia del individuo, su rabia y frustración.

El político es identificado con el "profesional" que emprende una carrera en las filas de un partido con fines de promoción y afirmación personal². Así como el empresario es interpretado como la persona que persigue única y exclusivamente el afán de lucro, el político profesional es visto como aquel que persigue el afán de poder como herramienta para el posterior lucro. La entera dimensión de la *polis* es pasada por alto: casi nadie ve en la política la acción colectiva mediante la cual el individuo se desarrolla plenamente.

Habitar una ciudad significa interesarse por ella. La ciudad es la organización de las personas como surge del actuar y hablar juntos, generando hábitos, usos, costumbres, valores en común. El venezolano no se concibe como un *ciudadano*, como una persona participativa interesada en la resolución de problemas encaminados al bien común, sino como un simple *súbdito* que habita desarraigadamente, en una continua falta de paradero, la ciudad, reducida, mediante tal actitud, a un mero entorno físico, en algunos casos, inclusive, estéticamente desagradable y funcionalmente inadecuado.

Contribuye a tal enfoque un proceso socio-cultural impulsado por el capitalismo a escala planetaria, que hace que el individuo entienda que la felicidad sólo puede ser alcanzada en la dimensión privada, en el ámbito de las relaciones personales íntimas. El otro es buscado como confidente o como compañero de entretenimiento y diversión: *la tasca y la posada, con su clima de exaltación y de embriaguez, reemplazan al "ágora", al diálogo y a la acción entendida como capacidad de tomar una iniciativa*, de ponerse en juego mediante la influencia que el otro puede ejercer sobre mí. El otro ser humano no es interpelado para que cada quien exteriorice plenamente su potencial: no se persigue lo humano en el otro, sino sólo aquellos rasgos que justamente distraen. La comunicación con el otro, lejos de ser confrontación franca o real comunión, es una forma de embotamiento.

La cultura que el capital activa es amorfa: se ajusta a cualquier cosa que se encuentre simplemente dispuesta a circular y a ser consumida en ese mismo movimiento. Se trata de un consumo que no acrecienta las potencialidades del individuo, sino que lo mantiene siempre al mismo nivel: lo propio de esta cultura es la "repetición". En este contexto, difícilmente aparecen las contradicciones que podrían dar lugar a un cambio sustantivo: el individuo sumido en tal sistema "se deja ser", se abandona a la "avidez de novedades", no siente la necesidad de enfrentar los problemas, porque, mientras su poder adquisitivo y su capacidad de consumo se conserven, los problemas no surgen. Por esta razón, en las sociedades de abundancia, la política, entendida como resolución de problemas que afectan a una comunidad o a aquellos otros que no son económicamente favorecidos, no es percibida como una necesidad, mientras que, en aquellas otras sociedades que se definen por la escasez de recursos, la situación puede ser tan compleja y confusa, los medios al alcance de las personas tan reducidos, que el ya nombrado sentimiento de im-



Massimo Desiato

Habitar una ciudad significa interesarse por ella. El venezolano no se concibe como un ciudadano, como una persona participativa interesada en la resolución de problemas encaminados al bien común, sino como un simple súbdito que habita desarraigadamente la ciudad

potencia presenta la política como un acto inútil. Es de hacer notar que la sociedad venezolana ha pasado rápidamente de la primera situación a la segunda.

Sin embargo, además de este proceso, la ausencia en Venezuela de una cultura política realmente democrática se debe a un conjunto de carencias del venezolano. Hemos mencionado, anteriormente que éste se asume más como súbdito que como ciudadano, pues aquello que hace que un individuo forme parte de una *polis* es su capacidad para expresar un discurso. "Discurso" es aquella forma de habla regida por una cadena argumentativa lineal, exenta de falacias, incoherencias y contradicciones. La libertad del ciudadano radica en esta prerrogativa de articular la propia opinión, comunicarla sin impedimentos y confrontarla en un espacio abierto al diálogo donde lo que realmente se encuentra en juego son los argumentos, su valoración y ponderación, y no la persona que los sostiene. La democracia real es aquel régimen en el que son los argumentos los que luchan y perecen y no los hombres que los ponen en circulación. A éstos sólo se les pide que sean responsables a la hora de utilizarlos, es decir, que justamente cumplan con la tarea de evitar un enfrentamiento destinado tan sólo a la afirmación del prestigio personal.

Empero, para que tal ideal se logre mínimamente, se requieren de ciertas condiciones, de las que la más importante de todas es la capacidad de producir un discurso según las coordenadas recién esbozadas. No hay libertad de expresión allí donde los individuos no alcanzan a constituirse como sujetos portadores de una opinión articulada y debidamente comunicada. La autoridad es, en esta dirección, el resultado de un debate colectivo en el que los individuos libremente reunidos aúpan un determinado argumento. La persona que presenta el mejor argumento y que muestra ser capaz de traducirlo en la práctica es la que recibe la "*auctoritas*". Ésta es, entonces, fruto de un re-conocimiento que, en cuanto tal, parte de un conocimiento,

a saber, aquel que sabe discernir el mejor argumento y el tiempo oportuno de su aplicación.

Las marcadas deficiencias de la educación tanto informal como formal del venezolano imposibilitan tal situación. En un espacio donde los sujetos se enrajecen, el autoritarismo surge casi de manera espontánea. Y hay autoritarismo en todos los casos en los que no existen, y tampoco se promueven, las condiciones propicias para la elaboración de argumentos que compitan entre sí, es decir, cuando son siempre los mismos los que hablan y los que escuchan. Contrariamente a lo que uno podría pensar, los individuos no son racionales de por sí, esto es, aun teniendo la capacidad de razonar, deben ser asistidos en este camino. Por ello, pueden desconocer sus propios intereses o sólo entreverlos. Pueden, por ejemplo, confundir los intereses inmediatos con sus intereses críticos. Si alguien debe presentar un examen, y su fin es el de graduarse, pero, por otra parte recibe una invitación a salir con sus amigos a la playa en vísperas de la presentación de la prueba, puede preferir esto último a lo primero sin volver a pensar sus fines. En este caso, privilegia el interés inmediato al crítico, perjudicándose a sí mismo. Desde luego, el sujeto en cuestión puede replantear sus preferencias y decidir que ya no quiere graduarse, sino sólo broncearse. Si así fuera, la salida a la playa no lo perjudica, pues, de hecho, ya abandonó el fin de graduarse. Mientras sepa esto, no hay problema alguno.

Poner al individuo en condiciones de efectuar este razonamiento es lo que denominamos "asistirlo en su racionalidad". Al respecto, es oportuno hacer notar que la racionalidad implica que una persona pueda cuidar bien de sus propios intereses sin necesitar constante-

mente el consejo de otro. Una cultura política bien orientada es un espacio en el cual los individuos se asumen como sujetos de una investigación y cuidado de sí para, posteriormente, comunicar sus intereses y confrontarlos con los demás. Una cultura que coloca a la disposición de quien lo desee la información -y la capacidad de procesar oportunamente tal información- necesaria para la configuración de sus propios intereses. Se origina así un ámbito para la construcción de los consensos y la identificación de los disensos provechosos para todos los participantes. El provecho procede de la posibilidad de alimentar, verificar y revisar las propias ideas mediante la comparación con las de las otras personas.

Contrariamente a esto, una cultura autoritaria se vale del principio opuesto: le entrega a los individuos únicamente el saber estrictamente necesario para la ejecución de un plan que ellos mismos desconocen. Una cultura política auténticamente democrática defiende el ideal de comprender absolutamente todo lo que pueda interesar a un sujeto en la tarea de su propia investigación y cuidado de sí; que sea, pues, consciente de todas las razones que, incumbiéndole, lo vuelven un perfecto guardián de sí mismo. Sólo así lo hace realmente libre de elegir.

Una vez que la cultura autoritaria se ha implantado, caso que parece ser el de Venezuela, la situación es más compleja. En efecto, aquellos individuos que por factores múltiples y dispares han alcanzado a madurar una opinión propia pueden inhibirse frente al poder de la persona al mando. Una cultura que valora la dimensión política auténtica debe instar a que los individuos ubicados en los cargos de poder practiquen un cuidadoso examen de conciencia tras la labor realizada, entendido éste como un principio práctico dirigido a detectar las equivocaciones en las decisiones tomadas. El examen de sí tiene que ver con la acción misma, es un re-diseño de sí en función de promover las coordenadas que han de ser asumidas tras su surgimiento del debate colectivo. El individuo instalado en

La democracia real es aquel régimen en el que son los argumentos los que luchan y perecen y no los hombres que los ponen en circulación. Oídos los argumentos de las diversas partes, se estructurará una jerarquía que exprese la racionalidad alcanzada. Esta racionalidad debe ser expresión del debate y nunca anterior a él

el poder es el principal responsable en la conducción del mismo debate y, si quiere fomentar una cultura política no autoritaria, debe saber generar los espacios propicios a la apertura y al diálogo, para luego, *oídos los argumentos de las diversas partes, estructurar una jerarquía que exprese la racionalidad alcanzada.*

Esta racionalidad debe ser expresión del debate y nunca anterior a él. De serlo, condicionaría fatalmente las intervenciones, pues los subordinados tendrían temor de expresar libremente su punto de vista: el debate es el momento en el cual se realiza la *epojé* (puesta en paréntesis) de la jerarquía, funcionando como una verificación de la bondad de la misma. El debate legitima la coordinación de los cargos, pues ha de suponerse que el individuo que ocupa una posición superior lo hace en virtud de una auténtica autoridad y experiencia que son probadas en la discusión. Por ello, el individuo en el poder, si posee una “autoritas” real, puede conceder a las personas involucradas en el debate el rol de interlocutor válido, en tanto no le teme a la confrontación. Este individuo reemplaza la sospecha por la confianza.

Pero en Venezuela existe otra dificultad, pues su cultura valora muchísimo los lazos de simpatía y amistad: la afectividad ocupa una posición muy elevada en la jerarquía de valores. De allí, entonces, que los sujetos que disponen de una opinión pueden negarse a expresarla, cuando se percatan de que, al así hacerlo, hieren la sensibilidad de la persona considerada amiga: el compañero de tasca y posada (el lazo de intimidad) priva sobre el ciudadano. Todo indica que la gente razona más o menos así: “si en el ámbito de trabajo o en el seno de cualquier empresa colectiva yo disiento de mi amigo, éste se lo tomará a mal: ya no podré beber, comer y reírme con él”. Una peligrosa espiral de autocensura se pone en marcha: se silencian las opiniones contrarias y sólo se fomentan los valores comunes, sin importar su funcionalidad real. Se trata de un consenso operativo destinado a fortalecer la intimidad por

encima de la esfera pública: nace la “dictadura de lo íntimo”, el “compadrazgo”.

Otra razón para la autocensura radica en el deseo de huir de los compromisos y responsabilidades en el ámbito público. Emitir una opinión bien argumentada obliga en gran medida a traducirla en la práctica. El grupo puede quedar tan convencido de la bondad de la propuesta de un individuo que encarga a éste su ejecución. Las personas no quieren correr ese riesgo, pues les absorbe tiempo libre que, en una sociedad mediática como la nuestra, es un tiempo destinado a la diversión. Diversión contra compromiso político: fácilmente triunfa lo primero.

De esta manera, cada individuo se aferra al principio de “saber lo estrictamente necesario”, reforzando la cultura del autoritarismo: busca, en consecuencia, un saber-mercancía con el cual insertarse con cierto éxito en el sistema productivo, para luego obtener la capacidad de consumo deseada. Capacidad de consumo cuyo nivel queda determinado por la misma operación mediática. Todo conocimiento que vaya más allá de ese “saber lo estrictamente necesario” es rechazado y tildado de inútil: el conocimiento político entra en tal categoría. En la exacta medida en que un auténtico compromiso con la *res publica* conlleva un acentuado esfuerzo por asir la clase de saber mediante el cual poder obrar responsable y eficazmente, implica un costo psicológico de tal índole, que el individuo acostumbrado a la cultura del entretenimiento no está dispuesto a aceptar. Su curiosidad no rebasa el umbral de una estimulación placentera en la medida en que se desplaza constantemente procediendo de plurales y dispares fuentes. Esta curiosidad no es revestida

con una rigurosa disciplina: no apunta a profundizar nada, no quiere ser exhaustiva.

A partir de este escenario, todos los ámbitos resultan despolitizados: la relación de pareja, la familia, la escuela, el trabajo, las diversas asociaciones y la propia fe, si se la tiene, son asumidos de conformidad con un modelo no pensado e impuesto de forma subrepticia: impuesto sin que nadie se percate de ello. Si, además, reparamos que el deterioro del poder adquisitivo y la crisis económica general que Venezuela atraviesa impulsan a considerar que el único objetivo de la política consiste en satisfacer las necesidades básicas de los individuos mediante programas estatales destinados a los diversos sectores (salud, escuela, transporte, etc.), comprenderemos por qué un alcalde que cumpla con estos requisitos mínimos pueda gozar de un gran prestigio³. La cultura dominante imposibilita ver en la política una actividad destinada a *transformar las relaciones de las personas entre sí. Se la interpreta sólo como una actividad dirigida a la transformación de los cosas y nunca de los hombres.* De ahí que, luego, los diversos sectores de la sociedad venezolana se quejen de la ausencia de sujetos, de la escasa capacidad del recurso humano, sin percatarse de que *para que el hombre sea un recurso* debe ser objeto de una construcción social bien diseñada. La política es transformación de las relaciones humanas que conforman los ambientes *en su dimensión simbólica antes que física.*

¿Cómo romper este estado de cosas? La tarea es increíblemente difícil, y si nos dejamos llevar por la desesperanza, diríamos que imposible. Sin embargo, algo tenemos: un conjunto de individuos se percatan de manera más o menos clara de este estado de cosas. Pueden *imaginar otra cosa* y al así hacerlo introducen *la posibilidad allí donde sólo había necesidad.*

Construyen un proyecto que, llegado el momento, funcionará como un canal participativo. La importancia de formu-

**La cultura dominante
imposibilita ver en la política
una actividad destinada a
transformar las relaciones de
las personas entre sí. Se la
interpreta sólo como una
actividad dirigida a la
transformación de los cosas y
nunca de los hombres**

lar este proyecto es decisiva. De hecho, cuando la situación político-social es muy compleja, los individuos, como ya hacíamos notar, tienden a no participar a causa del sentimiento de impotencia. El proyecto funciona como un "papel de trabajo", como el punto de partida para que los individuos se vinculen con la realidad política. Es una propuesta que puede ser inclusive criticada, pero que, precisamente en cuanto objeto de crítica, logra ya su cometido: romper con la apatía, motivar la participación.

Lo anterior supone una "vanguardia intelectual", cuya tarea difiere, no obstante, de lo acostumbrado. No se trata, fijémonos bien, de que el proyecto concebido por la vanguardia sustituya la acción colectiva, de que el intelectual hable por el pueblo. Contrariamente a esto, sugiero que nos tomemos la metáfora de la vanguardia en su sentido estrictamente militar. La vanguardia precede el grueso de las tropas, abre el camino, lo inspecciona, pero, a veces, cuando hay emboscadas, *perece para salvar al ejército*. De manera similar, el proyecto inicial puede desaparecer una vez que ha logrado poner en movimiento a los indiferentes. Su empleo es instrumental.

Por otra parte, esta vanguardia intelectual, lejos de practicar el dogmatismo, debe estar dispuesta a abrirse a la mayor cantidad de posturas para diseñar el proyecto posible frente a lo que parece ser la realidad necesaria. En la exacta medida en que las propuestas pueden depender demasiado de la situación que se pretende cambiar, el desplazamiento de una postura a otra, su confrontación y combinación, facilitan la edificación del proyecto. La vanguardia ha de tomar distancia de sí misma, una y otra vez, poniéndose al servicio de la movilización general. Es ésta la que debe, finalmente, determinar los fines y los medios de la acción. Si no se cumple con este lineamiento, la vanguardia termina replegándose sobre sí negando la autoorganización del grupo y escindiéndose de él¹. Tampoco podemos, sin embargo, confiar en una plena espontaneidad inicial del

colectivo, por todas las razones anteriormente expuestas. Por ello, *la vanguardia pone en marcha el dispositivo político para luego pasar, empero, a la retaguardia*. En otras palabras, la vanguardia debe estar muy atenta a no cerrar el canal de comunicación y de participación, pues ella sólo se legitima en esta tarea.

Ahora bien, puesto que en toda institución debe existir una jerarquía más o menos marcada que expresa la cadena de mando y distribuye la toma de decisiones, y puesto que esta jerarquía puede estar reñida con 'la vanguardia, es de suma importancia diseñar una estructura que permita una buena convivencia: la vanguardia y las estructuras de poder deben conciliarse, pues de nada sirve proponer proyectos que luego no son implementados. Estamos, pues, asumiendo que no es oportuno colocar a la vanguardia en tales cargos, pues podría ceder a la tentación de replegarse sobre sí y de no consultar, pero, también, que la jerarquía administrativa debe ser cuidadosamente elegida para que sea capaz de dejarse poner en movimiento por la vanguardia, según los lineamientos expuestos más arriba.

Desde luego que el individuo que ejerce roles de vanguardia no agota su papel en ese ejercicio, sino que, mientras ayuda a elaborar la propuesta, se desempeña a la vez en algún cargo de la institución. Sólo ha de requerir una condición: que se sienta libre a la hora de elaborar las propuestas que funcionan como canales participativos. Para ello, los individuos que forman parte de la estructura de poder deben generar un clima organizacional favorable. Para ello, su identidad y seguridad no deben depender de la posesión del cargo, sino de la contribución efectiva a los ideales que la institución ha alcanzado mediante todo el proceso hasta aquí descrito. De no ser

así, pueden paralizar cualquier iniciativa precisamente a causa de su inseguridad: el poder, en este último caso, sólo serviría como mecanismo de compensación y, lejos de funcionar para bien de todos, se tornaría dañino e improductivo.

Estamos muy conscientes de la distancia que separa la cultura política actual del venezolano, en todos los ámbitos sociales, de este planteamiento. De todas formas, proponemos tal salida sometiéndonos desde ya a los lineamientos recién bosquejados. Creemos que este modelo puede suscitar una cultura política menos autoritaria, más abierta al diálogo y a la participación efectiva que, a la postre, redundará en beneficio del ámbito en el cual se vaya a aplicar. En particular, nos parece que para la empresa este modelo puede ser atractivo, pues de emplearse se valdría de más recursos humanos, en cuanto haría de cada hombre un recurso, una fuente de innovación. Quizás, a partir de estas consideraciones, se pueda volver a considerar la política como una actividad que, por más que ha de vérselas con intereses, no por ello deja de ser noble en la forma de conducirse entre ellos. □

Massimo Desiato es doctor en Filosofía, profesor e investigador en la USB, y profesor y miembro del Centro de Estudios Filosóficos en la UCAB.

1. La presente comunicación es fruto de una sesión del "Seminario Venezuela" organizado por el Centro Gumilla de Caracas. Agradezco a todos los participantes sus preguntas y comentarios que me han permitido llegar al presente papel de trabajo.
2. Donde "partido" no mienta un sector social bien definido y organizado para promover su punto de vista en una franca y abierta confrontación con la oposición, sino sólo un "cogollo", formado para hacerse del poder sin importar "para qué".
3. Con esto, obviamente, no estamos diciendo que no sea importante que la política cumpla con tales cometidos. Sólo se trata de no olvidar la otra dimensión.
4. Utilizamos el término "intelectual" en su acepción más amplia para indicar a toda persona capaz, dentro de su respectivo ámbito, de concebir lo posible allí donde parecía imposible concebirlo.
5. En este caso, practicaría un deleznable narcisismo intelectual.